

La herencia invisible.

Familia, clase y la reproducción de la desigualdad.

1. Las condiciones del refugio.

Hay una escena que se repite en millones de hogares españoles. Un joven de veintiocho años, con dos carreras y un máster, sigue viviendo en la habitación de su infancia. Sus padres, que trabajaron toda la vida, no entienden por qué su hijo no encuentra un trabajo "de lo suyo". Le dicen que estudie más, que se esfuerce y que no se queje. Pero no pueden ayudarlo a pagar un alquiler que se ha vuelto inalcanzable, ni tienen contactos en el sector de las nuevas tecnologías, ni saben cómo funciona una beca posdoctoral en el extranjero. Le han dado todo lo que tenían y, aun así, no es suficiente.

La familia se presenta como el refugio incondicional, el lugar donde se nos quiere por lo que somos. Pero para la inmensa mayoría de la población, la familia es también un mecanismo de transmisión de capital económico, cultural y social.

Quien nace en una familia con criterio, redes y recursos, recibe un mapa para navegar el mundo. Quien nace en una familia sin ellos, hereda un mapa caducado, una brújula rota y la obligación moral de agradecer lo que le han dado.

La tesis de este ensayo es que la familia, lejos de ser un trampolín, se convierte a menudo en el lastre que reproduce la desigualdad. No porque los padres no quieran a sus hijos, sino porque el sistema les ha exigido que hagan de brújula cuando ellos mismos están perdidos.

2. El lastre de los valores.

La primera herencia que recibe un hijo no es el dinero, sino la ética. Y en muchas familias de clase trabajadora, esa ética está marcada por la escasez.

La moral del sacrificio, la obediencia, la desconfianza hacia el que piensa distinto o la idea de que el esfuerzo siempre tiene recompensa y de que quejarse es de débiles, son valores que ayudaron a sobrevivir durante la posguerra y la transición, pero que en el mundo actual son una trampa.

Los padres enseñan a sus hijos a ser buenos ciudadanos en un sistema que premia al que se salta las reglas. Les enseñan a respetar la autoridad en un mundo donde la autoridad a menudo es incompetente o corrupta. Les enseñan a no endeudarse en una economía que solo funciona mediante el crédito. Y cuando los hijos llegan a la edad adulta, descubren que el mapa moral que les han dado no sirve para orientarse en el territorio real. La ética de la escasez, que era una virtud en tiempos de penuria, se convierte en un lastre en tiempos de precariedad.

3. El mapa caducado.

La segunda herencia es la estrategia de supervivencia. Los padres que vivieron la dictadura, la crisis de 2008 o el desarrollismo tienen una idea del mundo que ya no se corresponde con la realidad. Creen que estudiar una carrera garantiza un trabajo para toda la vida. Creen que el esfuerzo en el trabajo se traduce en ascenso. Creen que la vivienda siempre sube y que alquilar es tirar el dinero. Creen que las oposiciones son la única salida segura. Pero no se dan cuenta de que el mundo ha cambiado tanto que sus consejos, en lugar de ayudar, desorientan.

El joven que sigue los consejos de sus padres y estudia una carrera humanística o una ingeniería tradicional descubre que el mercado laboral está saturado, que los contratos son temporales y que su título no vale lo que pensaba.

El que decide emprender descubre que no tiene colchón económico para aguantar los meses sin ingresos. El que quiere comprar una casa descubre que el precio se ha multiplicado por tres desde que sus padres compraron la suya.

El mapa que los padres dibujaron con tanto esfuerzo ya no sirve para el territorio que sus hijos habitan.

4. La brújula rota.

La tercera herencia es la falta de orientación en las encrucijadas de la vida. Los padres que no conocen el sistema no pueden guiar a sus hijos. No saben cómo funciona una beca Erasmus, ni cómo se accede a una oposición, ni qué es un doctorado, ni cómo se busca un trabajo en el extranjero, ni cómo se solicita un aval bancario.

Tampoco tienen contactos en el sector privado ni en la administración. No pueden presentar a sus hijos a un mentor, ni recomendarlos a un amigo en una empresa, ni abrirles una puerta que ellos mismos no pudieron cruzar.

El joven que no tiene ese capital social queda solo ante decisiones para las que carece de herramientas. Elige su carrera por descarte, acepta el primer trabajo que encuentra, se enamora de la persona equivocada o se endeuda sin saber cómo salir. No es que sea más tonto que el hijo del burgués, es que nadie le ha enseñado a navegar. Y cuando pregunta a sus padres, estos le dicen: "Tú sabrás, tú eres el que tiene estudios".

5. El capital ausente.

La cuarta herencia es la falta de capital económico y social. La familia no solo transmite valores y estrategias, también ofrece dinero y redes. Y en un país como España, donde el gasto público en familia e infancia es del 1,5% del PIB, frente al 2,4% de la media europea, la familia se convierte en el principal colchón del sistema. Quien tiene padres con recursos puede permitirse estudiar sin trabajar, hacer prácticas no remuneradas, emprender con un colchón, comprar una vivienda con aval o esperar a que llegue el trabajo soñado. Quien no los tiene, no puede.

La comparación con el norte de Europa es reveladora. En Suecia o Dinamarca, el Estado asume gran parte de la reproducción social mediante guarderías gratuitas, ayudas directas por hijo, permisos parentales igualitarios, universidad gratuita y un sistema de protección social que reduce la dependencia de la familia.

En España, en cambio, la familia sigue siendo el principal proveedor de cuidados, vivienda y apoyo económico. Y cuando la familia no puede, el joven queda en tierra de nadie. La edad media de emancipación en España supera los 30 años y el 67% de los jóvenes de entre 18 y 34 años vive con sus padres. No es una elección, es una consecuencia.

6. La vida sin trampa.

La familia no puede seguir siendo el único colchón del sistema. No se trata de elegir entre familia o Estado, sino de reconocer que la familia no puede cargar sola con la responsabilidad de la reproducción social. Y no se trata de culpar a los padres, que hacen lo que pueden con lo que saben. Se trata de preguntarnos qué cambios deberían proponerse en las familias y en la forma en que educan a sus hijos. Estos son algunos:

- **Educar en la autonomía, no en la obediencia.** Enseñar a los hijos a pensar por sí mismos, a cuestionar la autoridad, a discernir entre lo justo y lo conveniente.
- **Educar en la incertidumbre.** Prepararlos para un mundo que no tiene garantías, donde el éxito no está asegurado y donde el fracaso es una posibilidad real.
- **Educar en la cooperación, no en la competencia.** Enseñarles que la vida no es una carrera individual, sino un proyecto compartido.
- **Hablar de dinero sin tabúes.** Los padres no suelen hablar de sus finanzas con los hijos y eso les deja indefensos ante el mundo financiero.
- **Construir redes de apoyo.** Las familias necesitan comunidades, amigos, vecinos e instituciones.
- **Exigir al Estado lo que le corresponde.** La familia no puede ser el sustituto de la sanidad, la educación o los servicios sociales.

La familia no puede seguir siendo el último dique de contención de la desigualdad. Mientras no colectivizamos las oportunidades, la cuna seguirá determinando el destino y el mérito será solo un disfraz para la herencia.